

Eduardo Conesa

para El Cronista

## Flexibilización monetaria o laboral

Las monedas sobrevaluadas, como es el caso del peso argentino, son determinantes de alto desempleo, de déficit comerciales y del endeudamiento masivo de los países que las sufren. Esto es ampliamente reconocido en la economía política universal, excepto en la Argentina oficial de 1991-99. La solución a estos problemas que propone la ciencia económica es simple y similar a través de las distintas escuelas del pensamiento. Es interesante al respecto citar la opinión del premio Nobel Milton Friedman, que fue maestro del ministro Fernández y del presidente de nuestro Banco Central, Pedro Pou: "Las tasas de salarios tienden a ser los precios menos flexibles. En consecuencia, si contraatacamos un déficit incipiente con una política de permitir o forzar una declinación de precios, se producirá desempleo más que, o en adición a, caída de salarios... éste es un método altamente ineficiente de ajustarse a cambios externos... los ajustes son requeridos continuamente y muchos son impulsados por fenómenos esencialmente monetarios, los que si son prontamente compensados por movimientos en el tipo de cambio, no requerirían una real reasignación de recursos" (Friedman, Milton, *The case for flexible exchange rates*, 1953, reproducido en AEA, Readings in International Economics, Irwin 1968, Pág. 419). Un economista de la escuela opuesta, Paul Krugman, que visitó la Argentina en 1997 y opinó sin ambages en el sentido de que en nuestro país, el desempleo es un caso clásico de libro de texto de macroeconomía, que se cura expandiendo por la vía de la política monetaria. El equilibrio fiscal debe ser estricto y asignarse al mantenimiento de la estabilidad de precios. En esa ocasión, ante una concurrida conferencia pronunciada en el Plaza Hotel, Krugman nos aconsejó que manejemos la macroeconomía argentina como lo está haciendo Alan Greenspan con un éxito espectacular desde 1992 en los Estados Unidos. Ante el desempleo del 15%, nuestro Banco Central tendría que hacer rebajar las tasas

de interés hasta que, a su vez, la tasa de desempleo baje al 6%. A partir de allí, comenzar a moverse con extrema prudencia porque podrían aparecer presiones inflacionarias. Esta es la solución racional, moderna, lógica al flagelo del desempleo. Un primer inconveniente surge, sin embargo, con estas propuestas. Al bajar la tasa de interés interna, el capital golondrina se fugaría, porque compraría los dólares baratos al Banco Central al precio de uno a uno. Y así, el Banco Central se quedaría sin reservas en un santiamén. Para evitar la pérdida de reservas, en consecuencia, habría que dejar flotar el peso mediante un decreto-ley de necesidad y urgencia que madrugue a los especuladores tomándolos por sorpresa. El mayor valor del dólar desalentaría la fuga y promovería la inversión de esos capitales en los sectores exportador y sustitutivo de importaciones, es decir en el sector productor de bienes transables. La industria y el agro serían, después de la flotación, altamente rentables. Podrían competir con Brasil. Se salvaría el Mercosur, sin inflación. Los deudores en dólares por deudas internas pagarían en pesos, uno a uno. Con las ga-

nancias extraordinarias del Banco Central, producto de la depreciación del peso, habría que construir una "safety net" para evitar la quiebra de los acreedores por deudas internas. Con un poco de ingeniería financiera prudente y no inflacionaria habría que desarmar la dolarización a la panameña-liberiana pergeñada por nuestros equivocados ministros de economía. La política de dolarización de las deudas internas no es seria. No es del Primer Mundo. Por otra parte, desde 1991 han habido cinco leyes de "flexibilización laboral" y el desempleo se triplicó. Y a fin de este año llegará al 20%. Todas las leyes de reforma laboral fracasaron porque el desempleo no es un fenómeno legal, sino macroeconómico. La macroeconomía, sea de Friedman, o de Krugman, brinda el enfoque correcto para combatir efectivamente el flagelo del desempleo. Sin embargo, las soluciones a la Friedman o a la Krugman serían imposibles si el dólar fuera nuestra moneda. Se establecería una absoluta inflexibilidad monetaria. Por culpa de esa inflexibilidad monetaria, la Argentina debería morder el polvo de la derrota del permanente desempleo y el impagable endeudamiento externo. Este es

uno de los mayores costos de la dolarización: desempleo permanente. Veamos cuál es la pérdida anual que sufrimos por no seguir la política monetaria correcta. Su costo de oportunidad en términos de empleo. Consideremos que en la actualidad, marzo-abril de 1999, la tasa de desempleo es del 15% y que lo normal sería solamente un 5%. Consideremos que nuestro PBI es de 350.000 millones de dólares al tipo de cambio actual, pero que, al tipo de cambio correcto sería solamente de 175.000 millones.

Este es uno de los mayores costos de la dolarización: desempleo permanente.

Con 10% más de fuerza laboral empleada, podremos producir un 10% más, es decir 17.500 millones de dólares adicionales de PBI. Este es el costo de oportunidad anual. O todavía con mayor prudencia, si consideramos que con política monetaria correcta y no inflacionaria se podría dar trabajo productivo a 1,5 millón de trabajadores desocupados con un salario promedio de 500 pesos por mes, la pérdida social de quedarnos con la dolarización para siempre, sería de 9.000 millones de pesos por año, indefinidamente. Hay otros costos de oportunidad mayores aún, sin embargo, cuyo tratamiento dejamos para otra ocasión. ♦

EDUARDO CONESA es economista.

Copyright El Cronista



ILUSTRACION DE VALLE

Las opiniones vertidas en esta sección, no necesariamente reflejan la opinión editorial de El Cronista.